



diferentes temas: las denuncias contra la URSS, el neutralismo, los problemas políticos latinoamericanos, en particular el golpe de Estado contra el gobierno de Jacobo Arbenz y las repercusiones que suscitó la gesta cubana de 1959 (lo que derivó en la decisión de aggiornamiento del CLC). Entre los capítulos séptimo y octavo escala en las acciones de los españoles en el exilio y los vínculos que se establecen con las elites intelectuales hacia el interior de España, impulsados por la apertura de 1959 en busca de la transformación democrática. La autora se detiene particularmente en las acciones promovidas por el CLC para intensificar el diálogo entre los intelectuales exiliados y sus contrapartes residentes en el interior. En el noveno avanza sobre la retirada en las estrategias anticomunistas, la apertura al diálogo del Congreso y la difusión de su hipótesis sobre el "fin de las ideologías".

No escapan al análisis de esta investigación el escándalo de la financiación con los fondos de la CIA en 1967, ni el modo en que el Congreso por la Libertad de la Cultura finalmente margina el núcleo de exiliados en **Cuadernos** en la década de 1960. Por fin, el último capítulo está consagrado a sopesar la intervención y estrategias norteamericanas que buscan influir en las complejas y desiguales relaciones que se establecen entre los intelectuales españoles y latinoamericanos con el CLC.

La tesis de Glondys ha levantado críticas en algunos sectores de la comunidad académica española y reconocimiento en otros, lo que pone en evidencia la sensibilidad que aún existe respecto de temas tan espinosos como fue la resistencia de los republicanos españoles a la dictadura franquista o el financiamiento estadounidense a las actividades del CLC. El esmerado trabajo de Glondys ha logrado salvar las discrepancias, sumando más bien a un debate fructífero sobre el período.

Pero si bien el trabajo de la autora exhibe un cuidadoso y esmerado tratamiento del tema, se torna manifiesta una ausencia, producto de la necesidad de abordar simultáneamente y de modo especular el otro gran actor de la Guerra Fría: el comunismo. Pues así como el programa de la revista **Mundo Nuevo** se entiende en buena medida sólo en relación a **Casa de las Américas** (y viceversa), también **Cuadernos** se comprenderá mejor si se la lee de modo especular a su rival, **Problemas de la Paz y el Socialismo** de los comunistas, y en general, la dinámica y los fines del Congreso por la Libertad de la Cultura solo se explican en gran medida si se considera en forma simultánea la dinámi-

ca y los fines del Congreso Mundial por la Paz. Y viceversa. Tal como señala David Cauté, cada conferencia y organización de la Guerra Fría cultural organizada por uno de los contendientes tuvo su contrapeso en otra que se le oponía con métodos y estrategias similares.

Sin lugar a dudas, un futuro estudio comparado entre los intelectuales españoles antifranquistas y los intelectuales españoles comunistas, todos con sus "compañeros de ruta", contribuiría a reponer ciertos equilibrios propios de la Guerra Fría, equilibrios que a menudo se pierden de vista cuando se enfoca sólo uno de los bloques. Pero no podemos juzgar esta obra, documentada, profunda y rigurosa, por esta ausencia, sino por su aporte positivo a la comprensión de los complejos vínculos tejidos por el exilio republicano español con cada una de las dos Américas en las décadas de 1950 y 1960.

**Karina Jannello**  
(CeDInCI / UNSAM)

---

*A propósito de Juan Carlos Torre, **Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo**, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2012, 320 pp.*

En 1990 Editorial Sudamericana publicó **La vieja guardia sindical y Perón**, libro con el que Juan Carlos Torre tomaba parte en el, ya largo, debate acerca de los orígenes del peronismo. Su intervención se haría canónica, contribuyendo a que, recientemente, pudieran calificarlo como "el peronólogo argentino mayor". Pero tal posición no se sostiene solamente en **La vieja guardia**, sino en un conjunto más amplio de intervenciones, escritas en registros que iban de la sociología política a reconstrucciones en clave de historia política, e incluso a un ejercicio de historia contrafáctica. Ahora, la compilación que presenta Siglo XXI reúne 11 de esos artículos, escritos a lo largo de más de treinta años, y dados a conocer en publicaciones académicas como **Desarrollo Económico** o **Crítica y Utopía**, en revistas de divulgación como **Todo es Historia**, o en hojas militantes como **La Ciudad Futura**; y que no se limitan al peronismo sino que indagan también en la Argentina que lo precedió. Si esta variedad no lleva a un conjunto heteróclito es porque una preocupación central cruza los artículos de Torre, ordenados en forma cronológica, como un hilo rojo que propone una historia del siglo XX: indagar el papel de la clase obrera en la política argentina.

Tal reconstrucción se apoya en una clave que el autor subraya en la muy sugerente Introducción: la unidad de los comportamientos obreros no puede ser tomada como un presupuesto sino como una cuestión a dilucidar. Y ello porque "las trayectorias políticas del mundo del trabajo dependen menos de las características sociológicas que de las modalidades históricas del proceso político y su impacto sobre las fuerzas sociales" (p. 18). El planteo guía los argumentos de Torre acerca de la importancia que tendría la coyuntura de 1945 en la definición de los rasgos y la importancia de la política de los trabajadores peronistas, pero también es desde esa clave que se interroga por las razones de la debilidad del socialismo argentino.

El artículo "La primera victoria electoral socialista", publicado en 1973 y que abre la compilación, da una primera respuesta, algo esquemática. Abordando los comicios que en 1904 convirtieron a Alfredo Palacios en el mítico "primer diputado socialista de América", y luego de subrayar la debilidad del Partido Socialista (PS), Torre explica el éxito por las particularidades de Palacios, capaz de sumar al sostén socialista el de núcleos liberales independientes, pero, sobre todo, en el apoyo que, en una elección signada por el voto público, dieron los mitristas a un candidato que pudiera derrotar a sus rivales autonomistas. Torre cierra el artículo subrayando que el comicio planteaba el compromiso del Partido Socialista con el régimen oligárquico, y contraponía esa colaboración con la postura del radicalismo yrigoyenista que apelaba a la abstención y la insurrección "para forzar las reformas institucionales que garantizaran la expresión genuina de la soberanía popular" (p. 48).

Treinta años después, en "¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en Argentina?", Torre volvería a contrastar a socialistas y radicales. El tono era otro, menos enfático; también el registro, que pasaba de la historia a la sociología política. Partiendo de la pregunta clásica que, a comienzos del siglo XX, planteaba Werner Sombart acerca de la ausencia de un movimiento socialista en los Estados Unidos, Torre se preguntaba por las causas de la debilidad del socialismo argentino. Pero su razonamiento se apoyaba menos en la asociación entre el bienestar económico y la pasividad política de los trabajadores, planteada por Sombart, que en las hipótesis de Jerome Karabel, quien subrayaba que la temprana incorporación de los trabajadores norteamericanos a la escena política, anterior al desarrollo del capitalismo industrial, los había privado de la

experiencia de exclusión política que en Europa había favorecido la conformación de la clase obrera como actor. Por ello, explicaba, al iniciarse los conflictos en el ámbito de la producción estos se dieron disociados de una identidad política ya encarrilada bajo los partidos tradicionales, sobre todo el Demócrata.

La experiencia argentina planteaba una importante similitud: la extensión del derecho al voto para todos los varones nativos era muy anterior a la generalización de la figura del trabajador moderno. Pero también diferencias: debido al fraude, esa ampliación del sufragio no había implicado una real apertura del sistema político. A diferencia del caso europeo, el liderazgo en la lucha por esa ampliación no recaería en partidos socialistas con raíces en el mundo del trabajo sino en la Unión Cívica Radical (UCR), una fuerza “liberal y popular”, que bajo la bandera de la impugnación de las reglas de juego y a la demanda de una efectiva representación democrática, ligaba a disidentes de la elite con sectores de las clases medias y estratos bajos de la población. Con el tiempo, la UCR adquiriría los rasgos de un partido anti-sistema, situación que le permitiría beneficiarse del proceso de ampliación democrático impulsado por el núcleo reformista de la elite en 1912. A partir de este momento el PS, que había apostado por una lenta tarea de construcción en espera de la ampliación electoral, debió enfrentar la dura competencia de una UCR capaz de incursionar en las filas de los trabajadores urbanos, a las que los socialistas consideraban su baluarte natural. Torre cierra su argumento señalando que el PS no tuvo frente a sí a trabajadores políticamente vírgenes sino que “debí lidiar con la gravitación de tradiciones y adhesiones forjadas a lo largo del proceso de democratización”.

El planteo abre una serie de interrogantes para una historia del PS —entre ellos, si la política de neutralidad gremial socialista no fue justamente, junto a una respuesta a la ruptura sindicalista, la forma que encontró el PS para adaptarse a la división entre identidades clasistas e integrativas—, pero Torre deja de lado la historia partidaria para abordar un hecho habitualmente subrayado pero no problematizado, por la historiografía: el simultáneo crecimiento y la complementariedad entre yri-goyenismo y sindicalismo. Torre explica tal asociación por la prioridad temporal de la ciudadanía política respecto de la conflictividad obrera. El planteo permite conectar con los argumentos delineados respecto a los orígenes del peronismo: si la existencia de una ciudadanía política favoreció la división entre las

identidades políticas y económicas de la clase obrera, el cierre de esa ciudadanía a partir de 1930 diluyó la brecha existente entre los comportamientos obreros en las esferas económica y política. En este punto las condiciones parecían acercarse a las señaladas para el naciente movimiento obrero europeo: ante “un bloque económico dominante y políticamente excluyente en control del estado, las prácticas de los trabajadores comenzaron a ganar consistencia interna” (p. 19). Fue así que los principales gremios abandonaron su política de prescindencia política, y los partidos de izquierda ganaron lugar en las conducciones de las organizaciones. Parecía abrirse un curso similar al hallado en los países europeos; pero el camino sería otro. Y ello, subraya Torre, por la intervención de Perón, quien dio a la clase obrera no sólo bienes materiales sino un lugar simbólico de consecuencias duraderas, una visión creíble de la posición que les correspondía en la sociedad argentina. Se constituyó así una nueva identidad política que fundió fuertemente los dos elementos antes separados —identidad de clase e identidad política— en *los trabajadores peronistas*. El importante lugar que, a partir del peronismo, tendría el movimiento obrero organizado, no surgía, como postularía una mirada marxista, de la fortaleza de su posición en el ámbito de la producción, sino de su asociación con la identidad peronista. Este rostro predominantemente obrero del peronismo, subraya Torre —mostrando que el foco en lo político no implica partir de las intenciones del actor—, no sólo contrariaba los proyectos de Perón, orientados a construir un “movimiento de unanimidad” nacional, sino que complejizaba los efectos de la ideología de paz y orden asociada a la idea de “comunidad organizada”.

Junto a artículos como “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo” y “Sobre los orígenes del peronismo”, ubicados en el terreno de una sociología política que indaga las causas del ascenso del peronismo y sus rasgos predominantes, la compilación incluye otros, situados en sede histórica, que reconstruyen el modo en que se desarrollaron algunos acontecimientos. Así, artículos como “La CGT en el 17 de octubre de 1945” y “La caída de Luis Gay”, proponen dar cuenta de los múltiples alternativas políticas que se jugaban en los días decisivos de 1945, a la vez que restituir la incertidumbre en que los actores adoptaban sus decisiones. La idea de que el apoyo de los trabajadores a Perón no era un destino ineluctable se ve redoblada en “La crisis argentina de los años cuarenta y sus alternativas” y, sobre todo, en “La Argentina sin el peronis-

mo”, texto en el que, realizando un ejercicio poco frecuente en las ciencias sociales argentinas, el de la historia contrafáctica, Torre se pregunta qué hubiera sucedido si en la mañana del 17 de octubre el general Ávalos hubiera seguido las sugerencias de quienes le proponían movilizar a las tropas para dispersar a la naciente concentración obrera en Plaza de Mayo. El que este hecho hubiera planteado una importante modificación en la escena política, con el retiro de Perón a Chubut y la derrota del candidato laborista Domingo Mercante frente a la Unión Democrática, enfatiza la importancia de la contingencia en la historia. El relato posterior, que subraya los desafíos que el gobierno triunfante hubiera debido afrontar, similares a los del peronismo y ligados fundamentalmente al comienzo de la Guerra Fría y al deterioro de los términos de intercambio, así como la postulación del triunfo de un Perón relativamente conservador, que igualmente sería derrocado, deja ver que la contingencia histórica no es absoluta y que hay dilemas que no se resuelven en una tarde afortunada de octubre. O, para decirlo con Torre, después de las elecciones de 1946 las determinaciones de la sociología política recuperan sus fueros y prevalecen sobre las contingencias de la historia política. Y sin embargo, destaca, esas contingencias políticas dejan huellas: principalmente, y más allá de la derrota del proyecto de autonomía sostenido por los laboristas —cuyos avatares reconstruye “La caída de Luis Gay”— la activación autónoma de los trabajadores. La trayectoria del peronismo, señala Torre brindando una clave para los tres artículos que cierran la compilación, estará marcada por el importante papel político de los trabajadores organizados.

Esa importancia, que en los años peronistas era más visible en las disputas económicas que en la arena política, crecería luego de 1955 cuando una clase obrera fuertemente cohesionada en torno a la identidad peronista se convirtiera en el principal núcleo de resistencia a los gobiernos posteriores. Con el nuevo papel de los dirigentes gremiales, el problema de la autonomía, que parecía cancelado desde la defenestración de Gay, se reactivaría. En “El lugar de la UOM en la trayectoria del sindicalismo” Torre, además de dar cuenta de las razones de la importancia de la organización y su líder Vandor, subraya las tensiones entre un sindicalismo que buscaba ser reconocido en la esfera de poder existente y un líder que encontraba en la desestabilización de todos los gobiernos la condición para su regreso. Cuando el conflicto se hizo abierto, en los comicios mendocinos de 1965, Perón se



impuso; Torre lo explica no sólo por librarse el combate en el terreno electoral sino por la importancia de un recurso que sólo Perón controlaba: la definición de la identidad peronista. Agrega que un nuevo límite a la acción de los gremialistas se hallaba en la dependencia del sistema de negociaciones políticas establecido desde 1955, cuando después de 1966 el gobierno de Onganía adoptó un patrón más autoritario que los excluía. En esa circunstancia el sindicalismo vandorista se vio paralizado, situación en la que florecieron las corrientes clasistas. Muy pronto —señala Torre volviendo a subrayar el carácter político de la unidad de la clase obrera argentina, un señalamiento que muchas miradas contemporáneas, fascinadas con el clasismo del período, suelen soslayar— esas corrientes encontrarían su límite en las lealtades políticas que unificaban al movimiento obrero, las que impedían que sus avances en el combate social se tradujeran en avances en el terreno político.

Si Torre puede armar una historia convincente y coherente del complejo y casi caótico siglo XX argentino es porque sigue a un actor que, especialmente a partir de 1945, tiene un papel central: el movimiento obrero. Sin embargo, también se muestra capaz de dar cuenta de un momento en que esa centralidad obrera aparece opacada por la visibilidad de otro sector, la juventud de clase media movilizada en las décadas de 1960 y 1970. En “A partir del Cordobazo”, liga los distintos tiempos de la movilización del 29 de mayo de 1969, de la puerta de la planta de IKA-Renault a los combates en el Barrio Clínicas, con los distintos tiempos de la movilización de obreros y estudiantes. Se trata, recuerda, de dos actores sociales distintos, a los que la represión del régimen militar había acercado, pero para los que la acción se insertaba en distintos ciclos de movilización: para unos representaba la culminación de la resistencia emprendida en 1955, para otros el comienzo de una empresa que buscaba subvertir “con sangre y fuego” un orden moralmente injusto y políticamente cínico. A unos —dice con palabras que escritas a mediados de los noventa parecen referirse a la Argentina kirchnerista— los inspiraba la política de los intereses de clase, a otros, la revuelta moral.

Pero Torre no cierra la compilación con el artículo sobre el Cordobazo, en el que la juventud que apuesta por la revolución ocupa el lugar central. En “El movimiento obrero y el último gobierno peronista (1973-1976)”, ese lugar lo recupera el movimiento obrero y sus dilemas ante la novedosa experiencia, abierta en 1973, de negociar con un gobierno peronista.

Constreñidos por la propia camiseta, y endeudados con un líder que los rescataba de las críticas de la juventud, los dirigentes gremiales peronistas se vieron obligados a aceptar las condiciones del pacto social propuesto por Perón. Finalmente, la muerte del *viejo*, el deterioro que la inflación implicaba para los salarios, y la reactivación de la oposición de las bases, forzaron a los dirigentes gremiales a enfrentar a un gobierno que no parecía darles un lugar y al que colocarían al borde del abismo. En la reconstrucción que Torre realiza del proceso que deriva en la caída del gobierno de Isabel Perón, el enfrentamiento con los sindicatos tiene un papel mayor que la violencia de los grupos armados. Ello parece coherente con un relato en el que la clase obrera ocupa el lugar central, pero podemos preguntarnos si no se impone aquí la mirada del sociólogo que, a diferencia de lo planteado respecto a 1945, asigna prioridad a los datos duros del enfrentamiento social por sobre las oscilaciones coyunturales de la política.

Es esa atención a la lógica social, y a sus reconfiguraciones posteriores al terremoto del '45, lo que permite proponer una mirada articulada para leer largos procesos y períodos complejos. Se ha dicho, casi en tono acusatorio, que la mirada de Torre *normaliza* al peronismo, es decir que reduce su intensidad, que lo integra con el pasado, que le hace perder especificidad, que borra preguntas interesantes. Sin negar tales borramientos, puede argüirse que la opción por *integrar* al peronismo en un relato mayor abre también cuestiones interesantes: sobre la importancia de la clase obrera en la sociedad argentina, sobre la vigencia de la identidad peronista, sobre la relación entre movimiento obrero y partidos políticos, sobre la posibilidad de que una coyuntura política modifique los *datos duros* de la estructura social. Así, al colocar en línea una serie de trabajos ya publicados, Torre no sólo presenta una poderosa lectura del siglo XX argentino, sino que nos interroga sobre la vigencia de sus dilemas en los tiempos por venir.

**Ricardo Martínez Mazzola**  
(CONICET/UNSAM/UBA)

*A propósito de María Estela Spinelli, De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política argentina (1955-1973), Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2013, 217 pp.*

El libro de María Estela Spinelli tiene por objetivo abordar el proceso político que se inició con la autodenominada “Revolución Libertadora” en

1955 y finalizó cerca de las elecciones presidenciales que le otorgaron el triunfo a Héctor Cámpora en 1973. Su reciente aparición obliga a considerar dos cuestiones de vital relevancia para el conocimiento de una etapa compleja y cambiante de la historia argentina. Por un lado, Spinelli propone una pregunta muchas veces advertida pero pocas veces manifestada con claridad y, sobre todo, ubicada en el centro de una indagación: ¿por qué el antiperonismo triunfante desde 1955 no logró construir un régimen político democrático que superara e incorporara a la fuerza política y social más numerosa del país? Por el otro, intenta reconquistar a favor de la historia política un terreno que desde hace varias décadas era esquivo y, fundamentalmente, dominado por la historia social, cultural, intelectual y aun la sociología. Fueron éstas quienes supieron privilegiar y abordar diferentes momentos, protagonistas y acontecimientos del período, como el estudio de las guerrillas, de las izquierdas, del peronismo y el mundo de los trabajadores. Frente a esas investigaciones y enfoques, y en pos de un mejor entendimiento de sus clivajes más salientes, Spinelli propone desplegar un análisis político e ideológico del período con el foco puesto en un actor social de actual relevancia en los estudios académicos: las clases medias. Continuidad de su trabajo anterior de 2005, **Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “Revolución Libertadora”**, aquí la autora retoma y avanza hacia el estudio de un proceso histórico que ha sido caracterizado como “el juego imposible” o “empate hegemónico” por investigadores de la talla de Guillermo O’Donnell y Juan Carlos Portantiero.

El libro está estructurado en dos partes. En la primera aborda los principales hechos políticos y discursivos de la etapa que denomina como “La gran larga sombra de la Revolución Libertadora” entre 1955 y 1966. Observa allí no sólo las razones que llevaron a varios sectores de las clases medias al antiperonismo y, en consecuencia, a apoyar el golpe de Estado contra Perón, sino también el rápido proceso de ruptura que sufrió el consenso que había amalgamado a partidos políticos, intelectuales y profesionales de distintas tradiciones políticas y culturales. La unidad que existía entre radicales, conservadores, socialistas y comunistas ante el peronismo se quebró, según Spinelli, frente a los métodos empleados por el Gobierno Provisional del general Aramburu en la consecución de un doble objetivo: desperonizar la vida cívica nacional y recrear un régimen democrático sin participación peronista.

El gobierno de Arturo Frondizi con sus leyes de Amnistía —que ponía punto final a la des-